¿POR QUE NO SABE COMUNICARSE LA IGLESIA?

LAS quejas son frecuentes. Nos parece claro —a nosotros— que hay poca y mala comunicación en la Iglesia y que los canales de comunicación de la Iglesia con la sociedad están seriamente dañados. No se vislumbra en el futuro inmediato una mejora sustancial... El «aparato» eclesiástico tiene el peligro de creer que la responsabilidad exclusiva de las distorsiones está en los otros. En la superficialidad, en los prejuicios y visiones simplistas de no pocos informadores y de bastantes «medios».

No ignoramos desde luego que en los «otros» se dan causas que interfieren seriamente y hasta hacen imposible la comunicación. Basta con asomarse al mundo de los medios y no sólo en España. Un titular picante, un escándalo, un texto distorsionado de su contexto merecen más atención y difusión que una relación sobria y contrastada o que una opinión expresada con respeto y con matices. Las publicaciones españolas no son tan irrespetuosas —todavía— como algunas extranjeras. Para algunos muy conocidos periodistas europeos la Iglesia y su jerarquía se fundamentan en la mentira y el autoengaño. Se puede leer, en revistas europeas de gran tirada, titulares llamativos que descalifican grotesca y violentamente la enseñanza de la Iglesia o ridiculizan a las personas más elevadas de su jerarquía. Una actitud así corta radicalmente todo posible puente de comunicación entre las dos orillas de la sociedad y de la Iglesia. Resulta entonces hasta cierto punto comprensible que la jerarquía reaccione y denuncie un estado de sitio y casi de asalto a que el laicismo somete a la fe cristiana y a la Iglesia.

Pero en nuestro plateamiento queremos ser conscientemente parciales. Nos preguntamos sobre todo qué es lo que tenemos que hacer, en nuestra propia casa o en nuestra orilla, para sanear profundamente la comunicación «dentro» de la Iglesia y de la Iglesia con la sociedad.

Condiciones para la comunicación

PARA que en una sociedad exista verdadera comunicación —cauce de todo diálogo honesto y profundo— tienen que darse una serie de condiciones. Sin ellas no habrá comunicación en la Iglesia ni de la Iglesia con la sociedad contemporánea.

Una verdadera comunicación en un grupo requiere una igualdad *radical entre los que se comunican, dentro de la cual sean posibles las diferencias. Se necesita igualmente un clima de libertad para que cada uno, desde su personal responsabilidad, pueda expresar sus convicciones. Sin estas condiciones la comunicación quedaría seriamente distorsionada. Existiría tan sólo cierta comunicación en una sola dirección —de arriba abajo— dosificada además cuidadosamente o se preseleccionarían las fuentes de información en la base. En el plano político esto nos hace evocar inevitablemente los regímenes dictatoriales con la falta de adecuadas garantías jurídicas y la red espesa de rumores y de denuncias de los «más fieles» al partido.*

Si señalamos, entre otras, esas condiciones de igualdad y libertad para que pueda hablarse de una sana comunicación, no pocos dirán inmediatamente que la comunicación en la Iglesia es algo sencillamente imposible. Porque la imagen que da la Iglesia es la de una institución en la que existe la libertad para entrar pero, ya dentro, sólo queda el deber de obedecer con sumisión. Y en una sociedad tan fuertemente jerarquizada como aparece la Iglesia, creerán que hablar de igualdad es utopía o ignorancia. Se podría decir que en las actuales sociedades democráticas todos los ciudadanos son teóricamente iguales (aunque los humoristas en su crítica social se encargan de decirnos que unos son «más iguales» que otros). Sin embargo, la Iglesia, parece como una pirámide en la que la jerarquía —la cúspide— apacienta y gobierna y los creyentes de a pie son gobernados. Todavía el siglo pasado se definía a la Iglesia como una sociedad de «desiguales». Todos son padres o hijos pero no hay hermanos.

Es posible que, aunque hemos simplificado las afirmaciones, sea ésa la imagen que damos. Es cierto, sin embargo, que no es eso lo que somos y debemos ser.

La Iglesia, como grupo estructurado que se comunica, se fundamenta en la libertad *que es una de las palabras más radicalmente cristianas. Basta con que nos remontemos hasta uno de los primeros cristianos excepcionales, Pablo de Tarso, apóstol de «las gentes», y recordemos su enseñanza de la libertad frente a la ley y que donde actúa el espíritu de Dios allí predomina la libertad. Esto mismo enseña el Vaticano II al comienzo de su Declaración sobre la libertad religiosa (DH 1) y recalca Juan Pablo II en sus discursos en los viajes a países del Tercer Mundo y en su documentos más solemnes.*

Y junto a la libertad, la igualdad *radical entre todos los cristianos. Todos los creyentes constituyen el llamado «pueblo» de Dios. A partir de esa misma fe y ese mismo bautismo hay diversas responsabilidades. Una de ellas, la jerarquía, que existe no por creación o delegación del pueblo sino por voluntad del mismo Cristo. San Agustín apuntó certeramente esta situación de igualdad radical y diversas funciones cuando les decía a los cristianos de Hipona: «Con vosotros soy cristiano; para vosotros soy obispo». Un texto tan poco propenso a efusiones carismáticas como el Código de Derecho Canónico afirma que entre los cristianos existe una igualdad radical (can. 208).*

Libertad e igualdad se entrelazan afectivamente en la fraternidad. *La Iglesia se define hoy y se comprende a sí misma como «comunidad» (LG 4). En la Iglesia nadie existe exclusivamente para sí mismo ni cree para sí mismo. Comunidad y diálogo son elementos esenciales en la Iglesia. En la medida en que estos elementos no se vivan jugosa y exigentemente, la Iglesia se iría degradando a una simple maquinaria de poder en la que a los intentos de sojuzgar se opondrá, con los inevitables choques y tensiones, el esfuerzo por no ser sometido. Al hablar del carácter comunitario de la Iglesia, un conocido teólogo cita a San Cipriano, obispo de Cartago (s. III) quien solía repetir: «Nihil sine episcopo» (nada se haga sin el obispo). Pero ese teólogo y hoy cardenal Ratzinger completaba esa frase —en una publicación de 1970— con otras del mismo San Cipriano: «Nihil sine consilio vestro» (nada sin vuestro consejo), dirigida al colegio de sacerdotes. Y añadía: «Nihil sine consensu plebis» (nada sin el consenso del pueblo), unidos y estructurados como «el modelo clásico de democracia eclesiástica». Para llegar al ideal propuesto por San Cipriano le queda a la Iglesia de hoy un largo camino. Se*

viene repitiendo, desde hace ya algunas décadas, que ésta es la «hora de los seglares» en la Iglesia. Convendría pasar a los hechos para no quedar peligrosamente cerca de afirmaciones retóricas.

El lenguaje

La comunicación consta fundamentalmente de unos contenidos que se quieren transmitir y un instrumento de transmisión que es el lenguaje. Se puede decir que por el lenguaje que se emplea se conoce a una persona o a una institución. A veces más de los que la persona o institución quisieran. El lenguaje transmite o desvela contenidos del pensamiento y actitudes.

La Iglesia se queja con frecuencia de ser ignorada o mal comprendida. Todavía en una encuesta reciente un obispo español afirmaba que si la Iglesia no es escuchada es porque otros tienen medios más poderosos que interfieren o aun distorsionan el mensaje. Estas afirmaciones no son falsas. Pero no recogen toda la verdad.

Con pertinaz frecuencia el lenguaje de la Iglesia es anticuado. Tiene el serio peligro de llegar tarde, de traer respuestas formuladas en un lenguaje de ayer a problemas de hoy. El lenguaje eclesiástico resulta con frecuencia abstracto, largo, aburrido, «exquisitamente» matizado, sin brillo y sin contagio. La imagen del pastoreo y las ovejas, de profunda raigambre bíblica por el mundo socio-cultural al que pertenece, hiere la sensibilidad de no pocos creyentes de hoy. Dentro de este marco los cristianos escuchan pasivamente o dormitan. Y si «dentro» el lenguaje es un foso que separa, la distancia se hace aún mayor cuando el interlocutor está fuera. Muchos de los que se bautizan rompen pronto el contacto con la Iglesia. Los creyentes tendríamos que intentar ver el mundo desde la perspectiva de los no creyentes. Posiblemente sólo desde esa cercanía un no creyente se sentirá tocado cuando, con su mismo lenguaje y desde su mismo ambiente, se le invite a ir más allá, plantearse preguntas últimas o colocarse en la hipótesis de «si Dios existiera...».

Deberemos por tanto revisar el vehículo transmisor, el lenguaje, los contenidos del mismo y nuestras actitudes. Esta

revisión la ha hecho un obispo, el de Innsbruck, en un encuentro con periodistas. A través del lenguaje eclesiástico, apunta el obispo Stecker, se percibe una Iglesia muy a la defensiva, que se siente amenazada en la sociedad secularizada. Y en consecuencia trata de reforzar las trincheras de la autoridad y la disciplina y apuntalar las torretas de vigilancia de la ortodoxia. O se capta un sentimiento difuso de miedo ante los otros que lleva a taponar masivamente cualquier grieta que haya podido producirse. Tiene una cierta tendencia la Iglesia a echarse atrás ante nuevas formulaciones que vayan surgiendo. Actitudes así ideologizan el lenguaje y le prestan fugazmente una seguridad que es indiscutible sólo en apariencia.

NO tienen los creyentes, la Iglesia, una relación privilegiada con la verdad como si no hiciese falta buscar sino contentarse con repetir o como si en la búsqueda pudiesen excluirse de antemano los riesgos y errores. Un abandonado convento asturiano conserva en los muros de su antiguo refectorio la siguiente frase: «Si pretendes cerrar la puerta a todos los errores, estás dejando fuera también la verdad». Si nos hacemos más conscientes de esta condición nuestra, los creyentes —la Iglesia— saldríamos al encuentro de los otros con actitudes más dialogantes. No sólo tenemos que enseñar y transmitir. Tenemos mucho que escuchar y aprender. Si pensamos que todo lo que decimos es claro de por sí y, por tanto, exige una acogida sumisa por parte de los otros, la comunicación no será posible. Pero entonces habremos sido nosotros mismos quienes hayamos roto el puente desde nuestra propia orilla.

Henri Fesquet, periodista francés especializado en cuestiones religiosas y cronista del Concilio, ha llegado a decir que la Iglesia institucional no soporta que personas cristianas escriban en diarios y que lo hagan con independencia y libertad. La frase pone de manifiesto un profundo malestar ante una comunicación distorsionada. Mejorar la comunicación en la Iglesia, acercarla a lo que debe ser equivale en realidad a reformar la Iglesia. Parece claro que en nuestro propio campo, sin devolver precipitadamente las críticas, nos quedan muchas ocasiones de aplicarlas a nosotros mismos. Creemos que sólo desde estas actitudes de honradez se puede anunciar plausiblemente el mensaje del Evangelio como salvación del mundo.